





*Un conde que
no quiere serlo.*

*Una dama que no
piensa renunciar
a su libertad.*



«*Un perfecto desconocido* consigue emocionar con inteligencia y sutileza, con frases brillantes y con personajes que prometen quedarse con las lectoras para siempre».

Anna Casanovas

«Un debut impresionante. Elegancia, buen humor y una cuidada ambientación que te atrapan capítulo a capítulo».

Nuria Llop

«Narrativa impecable, ritmo ágil, personajes entrañables y una trama tan apasionante y bien construida que no querrás salir de ella».

Lola P. Nieva



La nueva sensación de la temporada...

Reyes de Miguel es licenciada en Historia y ha cursado un máster en Estudios Literarios y otro en Edición. Ha sido correctora, lectora profesional y librera, y actualmente trabaja como editora.

La trilogía de *Los Westfield* es su primer proyecto narrativo, que inaugura con *Un perfecto desconocido*, y que tendrá continuidad en *Te conozco desde siempre* y *Si no te conociera*.



Londres, 1813

Cuando Alice, dama de compañía, le escribe una inapropiada carta a Liam Westfield, conde de Hardwick, haciéndose pasar por su prometida, *lady* Elise Jeningham, lo último que imagina es que su encuentro con él vaya a provocar un auténtico cataclismo.

Liam no tiene ninguna intención de contraer matrimonio con la tierna Elise, porque su atención está dividida entre Alice y la peculiar ocupación que lo mantiene en vela casi cada noche, y que poco tiene que ver con la gestión del condado. Alice, por su parte, solo quiere acelerar el matrimonio de su amiga para poder centrarse en su futuro, aunque eso implique olvidar lo que siente por el conde.

Divertidos malentendidos, engaños, pasiones, búsqueda de los sueños propios y mucho más en esta fabulosa novela con unos personajes fuera de lo común.



Y si quieres saber más...





¿De qué hablo cuando hablo de novela «romántica histórica»?

REYES DE MIGUEL

Hay quien dice que lo romántico está de moda. Es fácil detectarlo en un momento en que, en las librerías, las secciones de novela romántica aparecen atiborradas, las plataformas de *streaming* baten récords con sus romances de época y las multinacionales de ropa crean líneas de diseño basadas en novelas que, hasta no hace tanto, leíamos y comentábamos solo en *petit comité*, conscientes —o no— de que nos estábamos rindiendo a uno de esos mal llamados «placeres culpables».

La realidad es que el amor como tema sobre el que escribir, cantar, componer, grabar, debatir... nunca ha dejado de estar de moda. Es, junto con el odio, la vida, la muerte y el miedo, uno de los grandes temas del arte, en general, y de la literatura, en particular. Después de todo, como ya le dijera el príncipe Derek a su querida Odette: «¿Y qué otra cosa hay?».

La novela de género y, seamos más concretas, la de género romántico se lee a ritmos desenfrenados desde hace décadas. Quizá, en realidad, lo que llamamos moda no es ni más ni menos que la liberación frente a ciertos complejos, la sensación de que hemos encontrado un lugar común en el que reivindicamos el entretenimiento como un elemento perfectamente legítimo de la literatura. Que sí, que es posible disfrutar de la filmografía de Scorsese y de la última de *Los Vengadores*; que se puede llorar un día con Beigbeder y al siguiente con Julia Quinn. Hay que superarlo (y, esto último, me lo digo sobre todo a mí misma).

Ahora bien, de entre toda la producción romántica en la que andamos enteradas, tengo especial predilección por ese subgénero extraño, más heredero de nuestra fascinación por el señor Darcy que de Jane Austen en sí misma: la novela romántica de ambientación histórica.

Matizo esta idea de la «ambientación histórica» porque eso es lo que es, ni más ni menos. Pido perdón de antemano si lo que sigue es excesivamente obvio, pero es necesario recordar una vez más que cuando hablamos de novela romántica de ambientación histórica hablamos, primero y ante todo, de:

Novela.

Es decir, ficción.

Ficción que orbita en torno a un tema: el amor.

Ficción sobre el amor que, en este caso, se ubicará en un espacio temporal reconocible para las lectoras como parte de su pasado histórico.

La reducción en el campo de operaciones es lo bastante llamativa como para que una tenga que preguntarse: ¿por qué complicarse tanto la vida?

He aquí la clave, ¿no? ¿Qué tiene esa ambientación histórica que nos lleva a recurrir a ella una y otra vez? ¿Idealización romántica de un pasado inexistente? Sí, en parte sí, desde luego.

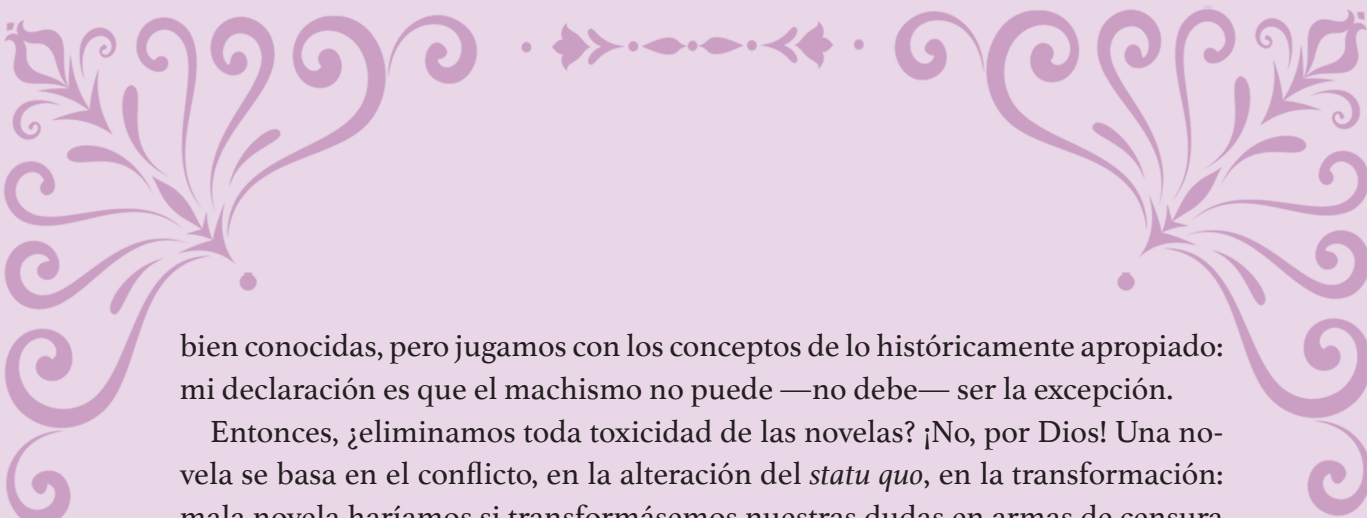
Estas preguntas me asaltaron a la hora de escribir *Un perfecto desconocido*, porque, aunque la respuesta resulte ser un simple: «porque sí, porque me gusta», la siguiente pregunta necesaria es: ¿y por qué me gusta?

Haré una declaración: soy una mujer feminista que fantasea con el vizconde Bridgerton. Y, aun así, hay una cuestión que me interpela cada vez que me sumerjo en uno de estos mundos de ficción, ya sea en el Londres de 1800 o en el Nueva York de 1900. Una ante la que me cuesta hacer la vista gorda: parece que, como lectoras, estamos dispuestas a aceptar como válido casi cualquier anacronismo..., excepto la superación del machismo. Estamos más dispuestas a aceptar a una sirvienta feliz ante la idea de trabajar dieciocho horas diarias (!) que a un hombre con una masculinidad poco normativa.

Una tendría la tentación de sospechar que, en ocasiones, la ambientación histórica de la novela no es sino la armadura en torno a la cual proteger ciertos estereotipos inaceptables en cualquier otro contexto, con la excusa fácil de que «en la época, era así». Pero ¿en qué época? Tal vez, usando esta excusa, normalizamos —y hasta romantizamos— comportamientos que, sea como sea, nos hacen llevarnos las manos a la cabeza.

No nos engañemos: hace tiempo que superamos la historicidad. De lo contrario, tendríamos que creer que en la Inglaterra del siglo XIX había más condes, duques y marqueses que gentes del común, que el amor y el matrimonio eran conceptos relacionados (¡sin ser ellos nada de eso!), o que los sirvientes eran leales y tenían sueldos dignos.

En realidad, el pacto ficcional en estas novelas roza el terreno de la fantasía. Y nos parece bien. Dentro de ese pacto, trabajamos sobre una serie de premisas



bien conocidas, pero jugamos con los conceptos de lo históricamente apropiado: mi declaración es que el machismo no puede —no debe— ser la excepción.

Entonces, ¿eliminamos toda toxicidad de las novelas? ¡No, por Dios! Una novela se basa en el conflicto, en la alteración del *statu quo*, en la transformación: mala novela haríamos si transformásemos nuestras dudas en armas de censura y nos negásemos a escribir cualquier cosa que nos resultase incómoda.

Solo recordemos que en una novela operan muchas voces, y que más allá de las capacidades que otorguemos a nuestros personajes, más allá de la historia que contamos, hay una voz que sobrevuela todas las demás: la de nuestro discurso narrativo. ¿Qué me quieres decir con lo que acabas de contarme? Los recursos del género están al servicio de lo que quiero contar, nunca a la inversa.

Detectar esto me hizo abordar la escritura de *Un perfecto desconocido* como una declaración de intenciones. Creo que es posible escribir una novela romántica de ambientación histórica que no subvierta mis propias convicciones, las de cualquier mujer feminista. Está en poder de quienes la lean decidir si lo he conseguido, faltaría más.

Si estás leyendo esto y, desde luego, si te animas a sumergirte en la novela, no me queda más que darte las gracias por concederle una oportunidad. Espero que lo que encuentres en ella haga que disfrutes del viaje.

Un abrazo,
Reyes de Miguel

